



# SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 38.

JUEVES 17 DE NOVIEMBRE DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.  
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

## SUMARIO.

EL REINO DE PORTUGAL. (Continuacion).—Cien años de vida: cuento-leyenda. (Conclusion), por Adolfo Fariñas.—A ITALIA: poesia, por Antonio Sanchez Ramos.—VIAJE Á CHINA POR EL ISTMO DE SUEZ: el Cairo, por J. C. G.—GENEROSIDAD DE MATHATHIAS: poesia por Augusto Jerez Perchet.—TORCUATO TASSO: apuntes biográficos, por S. M.—DELIRIOS: poesia, por Aureliano Ruiz.—MI PADRE HA MUERTO, por José Lopez de la Vega.—POESÍAS: á una violeta: al ángel de mi guarda, por Clotilde A. Príncipe y Satorres.—EN UNA NOCHE DE ESTÍO: á tí, por F. Rovira Aguilar.—SUELTOS VARIOS.

## EL REINO DE PORTUGAL.

(CONTINUACION.)

La época de la fundacion de esta hermosa ciudad, asi como la de la mayor parte de las ciudades importantes de Europa, se pierde en la noche de los tiempos, razon por la que no cansaremos demasiado á nuestros lectores con vastas investigaciones sobre este extremo, que no son tampoco de nuestro principal objeto; bástales saber que hay autores que afirman se llamó un tiempo *Elis*, de un biznieto de Abraham, que segun dicen, empezó su edificacion 3259 años antes de Jesucristo; que otros aseguran que fue Ulises su fundador ó reedificador, y que de ahí tomó el nombre de *Ulima* ú *Olisipo*, con que se la distinguió antes de la invasion de los romanos; sea de estas diversas opiniones lo que quiera, lo cierto, lo positivo y lo que todo el mundo sabe, es que César la dió el título de *Felicitas Julia*, y que despues de la invasion de los bárbaros, volvió á tomar su antiguo nombre, viniendo aquel al fin por completo á degenerar en el de Lisboa, que conserva hoy.

Prescindiendo ahora de los tiempos fabulosos, resumiremos en muy pocas palabras la historia de esta ciudad. Si hubiéramos de seguir al capitán Luis Marinho de Acevedo, en su

*Historia de la fundacion, antigüedades y grandeza de la muy insigne ciudad de Lisboa*, durante la dominacion de los griegos y cartagineses, ciertamente que nuestros lectores se reirían á carcajada tendida con las patrañas y cuentos consignados como verdades de á folio en dicha historia, en la que entre otros absurdos, se prueba cómo el grande Aquiles residió en un monasterio de vírgenes de Chellas; cómo Amílcar Barca casó con una señora portuguesa, en quien tuvo á Annibal el de Cartago, y otras lindes por el estilo. Por lo que á nosotros hace, daremos comienzo á nuestra reseña con la invasion romana, y sin exhumar de nuevo los cadáveres de Viriato y de Sertorio, nos concretaremos á decir que el pueblo lusitano peleó valerosamente por sacudir el yugo de sus opresores, lo que no pudo conseguir sino con el auxilio de los bárbaros del Norte, si bien para sufrir el mas insoportable todavía que le impusieron aquellos nuevos dominadores.

Tres siglos despues de esta última invasion, la derrota del postrer rey godo don Rodrigo, en la célebre jornada del Guadalete, entregó á Lisboa en poder de los sarracenos, que la poseyeron algun tiempo; pero bien pronto hubieron de rendirla sus nuevos poseedores á don Alfonso el Casto, rey de Asturias, que la tomó por asalto á los infieles, si bien estos, la recuperaron muy luego. Don Ordoño III, rey de Leon, la entró á saco un siglo mas tarde, mas tambien esta vez los sarracenos volvieron á ocuparla al poco tiempo: por tercera vez fue conquistada por los españoles en tiempo de don Alfonso VI, rey de Castilla y de Leon, quien la cedió en dote á su hija doña Teresa, al casar con el conde don Enrique; y perdida otra vez, fue conquistada definitivamente en 1147, por don Alfonso Henriquez, primer rey de Portugal, despues de un obstinado sitio.

Desde esta época Lisboa no volvió á ser invadida por los infieles; pero fue ocupada por armas extranjeras en tres ocasiones distintas; la primera en 1373 reinando Fernando el Hermo-

so, en que fue entrada á saco é incendiada por las tropas de Enrique de Castilla; la segunda en 1580, cuando perdido don Antonio Prior de Crato, junto al puente de Alcántara, entregó sus llaves al célebre duque de Alba, entregando con ellas la independencia del Portugal entero á nuestras armas, de las que sesenta años despues la volvieron á rescatar los portugueses, merced á la conjuracion que estalló el 1.º de diciembre de 1640, á la que dió lugar, la inconveniente política observada por el conde-duque de Olivares; finalmente, la tercera tuvo lugar en 1807, en que abandonada por sus príncipes y su escuadra, humilló la cerviz al águila francesa, soportando nueve meses el mando del mariscal Junot, que la dominó en nombre del gran capitán del siglo.

Víctima de varios terremotos, la poblacion ha sufrido mas daño á consecuencia de estos sacudimientos y fenómenos naturales, que los que le han ocasionado las mismas guerras. En 1531 ocurrió uno de estos terribles sacudimientos que sumergió á *Villa-Quente*, arrabal de la ciudad, que existia próximo al castillo de San Jorge; varios otros han ocurrido en otras distintas épocas, causando siempre daños de consideracion, pero ninguno de tan terribles consecuencias como el de 1.º de noviembre de 1755, que destruyó y echó por tierra la mejor parte de los edificios públicos y particulares de la ciudad, entre cuyas ruinas perecieron cerca de cuarenta mil personas de todos sexos y edades, ascendiendo las pérdidas ocasionadas por esta catástrofe, segun el *Diccionario geográfico, histórico, político y literario de Perestrello de la Cámara*, á la enorme suma de 20.000.000 de libras esterlinas próximamente.

Antes de 1833 estaba dividida la poblacion en trece barrios ó distritos, que luego se redujeron á seis, cabezas de otros tantos juzgados, hasta que en 1852 se limitaron á cuatro, con los nombres de Alfama, Rocio, Bairro Alto y Alcántara, quedando limitada la ciudad por



la línea de circunvalación, que partiendo del sitio llamado *la Cruz de Piedra*, se prolonga hasta Alcántara, cortada en varios puntos por grandes puertas, que mas para guardar la ciudad sirven de oficina á los dependientes de la recaudación de derechos de consumos; con el último arreglo, quedaron pues, segregados de la ciudad los barrios de Belem y de Olivares, antes comprendidos en ella, reduciéndose así el casco de la población, en lugar de aumentarse, contra lo que sucede generalmente en las ciudades de importancia, así como el número de sus habitantes, que excediendo antes de 300,000, apenas cuenta hoy 200,000 almas.

Sus calles, en general largas, espaciales y bien alineadas, son en número de 355, contando el barrio de Belem, cuya comunicación y acceso facilitan 216 travesías; contribuyendo á hermosear la población 12 plazas, algunas tan notables por su magnificencia como la llamada del Rocío, ó de don Pedro, que es un soberbio cuadrilongo, formado por hileras de casas perfectamente regulares, tiradas á cordel, y cerrado en uno de sus lados por el elegante teatro llamado de doña María; 5 paseos públicos que cautivan la atención del viajero, por la frondosidad de sus magníficos jardines; 6 teatros públicos, dos particularmente, el de San Carlos y el de doña María, que no ceden en nada á los mejores coliseos de las otras capitales de Europa, 36 fuentes públicas, 39 parroquias, y mas de 200 templos, algunos de ellos de un mérito superior.

Las antiguas murallas de la ciudad, de las cuales se conservan algunos restos notables, merecen fijar la atención del curioso, y son dignas del estudio del arqueólogo por mas de un concepto: tales son por ejemplo, el *Arco de Jesus* y el *Arco Escuro*, que eran las antiguas *puertas del Mar*, la *puerta de don Fadrique*, que aun hoy se ve incrustada en el muro, encontrándose mas adelante, siguiendo siempre la antigua línea de circunvalación, la llamada de *Moniz*, donde cuenta la crónica que murió atravesado el valiente *Men Moniz*, para facilitar la entrada á los caballeros de Alfonso Henriquez, cerrando completamente la muralla, la conocida por *puerta de la Traición*, de la que tambien se encuentran hoy vestigios.

El rey don Fernando mandó en 1373 reedificar y prolongar la muralla antigua, en la que se contaban hasta cuarenta y seis puertas y setenta y siete torres almenadas, y construidas para defensa de la plaza. Segun una Memoria del estadista *A. J. de Moreira*, esta cerca partía de la puerta de la Traición, viniendo á pasar por San Lorenzo al barrio llamado de la *Moreira*; atravesaba la calzada de Santa Ana, descendía por San Luis y el convento de la Encarnación hasta la puerta de San Anton y Estrebarias, subiendo luego hasta San Roque. De allí continuaba á la puerta *das Cortes Reaes*, prolongándose por la orilla del río hacia el *posto de la Pólvora*, desde donde por la puerta de la Cruz y de San Vicente, y por cerca del convento de este nombre, iba á Gracia, buscando por el lado llamado del Caracol la puerta de San Andrés, uniéndose allí á los muros del castillo próximo á la puerta de Moniz, y cerrando así el perímetro de la plaza.

El terremoto que acaeció el siglo pasado, hizo desaparecer casi por completo este resto del feudalismo, y el espíritu nivelador de nuestra época se encargó de completar la obra del tiempo, quedando apenas hoy alguno que otro vestigio de los que hemos citado; sin embargo, preciso es convenir en que si Lisboa perdió mucho de sus monumentos de importancia histórica, con aquella catástrofe, en cambio á esta misma desgracia debió las importantes mejoras que al reconstruirla introdujo en ella su reedificador el ilustre marqués de Pombal, á quien debe hoy el estar considerada como una de las primeras capitales de Europa, así por su comercio é importancia, como por su suntuosidad y magnificencia.

En sus cercanías hay infinidad de sitios y pueblecitos tan pintorescos y saludables por la pureza de los aires que en ellos se respiran,

que algunos por sí solos curan muchas enfermedades. Son dignos de mención, entre otros, al Oriente, Xabregas, La Madre de Dios, el Beato Antonio, los Olivares y las huertas de Chellas; al Poniente Belem, Pedroços, Alges, Linda-á-Pastora, Linda-á-Velha, la ribera del Jamor y muchos otros deliciosos y encantadores; al Norte el Campo Grande, Lumiar y Odiveellas, Bemfica y Queluz, y un poco mas allá Ramalhães, Cintra, Colares y Mafra; al Sur, baña el Tajo la población; á la otra parte del río (outra banda) se traslada el viajero por medio de vapores pequeños y de botes que á muy poco precio van y vienen continuamente, encontrándose tambien aquella hermosa campiña sembrada de multitud de aldeas y caseríos, tan alegres y saludables como los mencionados, si no tan pintorescos, y á los que da la preferencia para sus diversiones, en los dias de asueto y de solaz, la clase menestral acomodada.

(Se continuará).

## CIEN AÑOS DE VIDA.

CUENTO-LEYENDA.

(CONCLUSION.)

### II.

Ruperto está ya en Madrid causando, á lo menos esta era su opinion, la delicia de todas las bellas y siendo la envidia de todos los cortesanos.

Ruperto ya no se acuerda de Eusebia, que ha vuelto á reanudar con el boticario, ni piensa tampoco en casarse, hasta que encuentre una mujer digna de sus altos merecimientos; se pasea, gasta, triunfa, y es un muchacho de gran corazón y gran talento segun la opinion de sus numerosos amigos, de los que continuamente se ve rodeado. Es de advertir que Ruperto siempre pagaba.

Algunos meses hacia que se hallaba en Madrid, cuando imaginándose con razon que su presencia seria necesaria en otra parte, determinó marcharse á París y hacer despues un viaje por toda Europa: un hombre de su genio necesitaba todo el orbe para teatro de sus hechos.

Por fin realizó sus deseos y llegó á la capital del mundo civilizado. Desde que se vió en aquella barahunda, desde que dirigió sus primeras miradas en torno suyo, no pudo ocultarse á su natural penetración, que para representar el papel que legítimamente le correspondía, necesitaba los caudales de un Creso. Esta consideración le hizo entrar en serias meditaciones que concluyeron porque exclamara un dia.

—Daria veinte años de vida por ser el hombre mas rico de Francia.

No fue tan pronto decirlo como encontrar á su lado una multitud de cartas-órdenes concediéndole letra abierta con todos los bancos del orbe.

Ruperto no pudo explicarse, á lo menos por entonces, una cosa tan extraordinaria, por lo cual creyó oportuno dejarse de averiguaciones y hacer el mejor uso posible de sus caudales.

Vano empeño seria referir todas las aventuras de nuestro héroe, que dueño de tan colosal fortuna, no solo recorrió la Europa entera, dejando en todas partes un brillante recuerdo de su nombre, sino que tambien marchó á América en busca de nuevas impresiones. Baste saber que habia encontrado, sin saberlo, un talisman con el que conseguia todo lo que deseaba; cuando era algo que él consideraba irrealizable, solo necesitaba decir: «daria tantos años de mi vida por conseguirlo» ó, «cuándo se pasará tanto tiempo» si del tiempo dependia la realización de su intento, para que en seguida lo encontrase hecho: por lo demás, ya habrán visto nuestros lectores que Ruperto tenia una admirable facilidad para decir esto. Una sola cosa llegó á preocuparle por algun tiempo, y era la inesplicable rapi-

dez con que su cabeza y barba se cubrían de canas; pero Ruperto tenia la gran cualidad de no devanarse los sesos en descifrar enigmas.

Hallándose en Nueva-York recibió la noticia de la muerte de su padre, lo cual le indujo á volver á España para arreglar los asuntos que aquel dejara pendientes, y establecer definitivamente el plan de conducta que deberia observar en lo sucesivo, pues ya se iba cansando de su vida aventurera. Inútil será añadir que en seguida deseó verse en Madrid, y que logró su deseo con la facilidad acostumbrada.

Pasaron algunos dias, y Ruperto resolvió á trasladarse á su pueblo para edificar allí un palacio y ser el asombro de sus paisanos. Asombrado quedó él cuando vió su lugar completamente transformado, y no encontró siquiera uno de sus antiguos amigos.

Una hermosa tarde de Otoño era cuando Ruperto se determinó á salir de su palacio, edificado con la brevedad de su deseo, para dirigirse al manantial origen de su fortuna, y donde antes no habia ido porque sus piernas le flaqueaban notablemente, y empezaba ya á no tener humor para nada.

Llegado que hubo al pie del frondoso castaño que tantas veces lo cobijara bajo su verde copa, sentóse á descansar de las fatigas del paseo, y fijando su vista en el suelo empezó á recordar uno por uno todos los incidentes de su extraña vida. Súbitamente, y cuando mas abismado se hallaba en sus meditaciones, un estremecimiento sacudió todo su cuerpo, heláronse sus miembros, se le nublaron sus ojos y quedó casi sin sentido.

Apenas volvió en sí, dirigió involuntariamente su vista al manantial que permanecía seco, pero del cual empezaban á brotar de nuevo frescas y cristalinas gotas que producian en Ruperto un efecto inesplicable de terror y de tristeza. Alzó la vista y vió entonces frente de sí al hombrecillo que le miraba con igual descaro, pero no con la misma benévola sonrisa, que la primera vez. Ruperto empezó á comprender, y dirigiéndose á Tesifon le dijo:

—¿Qué me quieres?

—Vengo, contestó aquel, á satisfacer tu último deseo, vengo á descifrar el enigma de tu vida que hoy toca á su término.

—¿Cómo exclamó Ruperto, y los cien años que me ofreciste!

—Ese tiempo va á espirar dentro de breves momentos.

—Es imposible, apenas hace quince años que salí de este pueblo.

—En efecto, quince años no mas has vivido si por vivir entiendes correr de goce en goce y satisfacer todos tus caprichos; pero observa-te á tí mismo, mira tu cuerpo encorvado, tus fuerzas desfallecidas, mira esas canas que te cubren la cabeza y comprenderás que tu vida ha sido mucho mas larga de lo que tú te figuras.

—Es cierto: es cierto, pero yo no puedo explicarme qué es lo que eso significa.

—Eso significa que has sacrificado tu vida al logro de tus deseos; eso significa que no escuchaste mi consejo, que no has sabido reprimir tus pasiones; ya sabes que yo ofrecí auxiliarte en todo, y he cumplido mi promesa: no bien deseabas una cosa, cuando al momento la obtenias; pero no mirabas desgraciado que al salvar en un momento el tiempo ó la distancia que te separaba del logro de tu objeto perdías de tu vida tanto como debias haber vivido si hubieras aguardado el curso natural de los sucesos. Yo no podia hacer hoy lo que debiera suceder mañana, yo lo que hacia por darte gusto era suprimir sin que lo advirtieras el tiempo que debia mediar desde el momento del deseo hasta el de su realización. Aquí tienes explicado el arcano de tu existencia.

—Razon tienes, exclamó Ruperto, ahora lo comprendo todo, ahora veo que he sido...

—Un loco, interrumpió Tesifon, tú no has comprendido que la vida es una cadena no interrumpida de goces y dolores, y que la satisfacción de un deseo debe ser el premio de



la constancia y del sufrimiento mientras se emplean los medios para alcanzarlo: si el hombre pudiera ver satisfechas de una vez todas sus aspiraciones, su vida sería un soplo, porque para ello sería necesario suprimir el tiempo que debe mediar de una á otra satisfacción.

—¡Luego no hay mas remedio que morir!...

—No: los cien años de vida que yo te concedí han terminado; pero aun te quedan los de tu vida natural; joven eres otra vez, tus riquezas han desaparecido, pero eres dueño de los bienes que pertenecieron á tus padres y que son bastantes para tus necesidades: vuelve al mundo, vive de nuevo, y no olvides los consejos de la experiencia, y la lección que acabas de recibir.

Esto diciendo desapareció el genio y volvió el manantial á brotar raudal de agua juguetona por el arroyuelo bañando el verde césped de la llanura en que serpenteaba.

### III.

Ruperto tiene otra vez veinte años, y sus fuerzas han vuelto á estar en consonancia con su edad.

Pero Ruperto ya no es el mismo que cien años antes.

Ruperto es ahora melancólico, y su único proyecto es no tener ninguno.

Ruperto sabe una cosa mas, y es cuán pronto se pasa la vida cuando se sigue la corriente de las pasiones, y precisamente por eso se ha propuesto no desear nada.

En honor de la verdad cumplió por algun tiempo su propósito; pero esto no impidió para que pasaran cinco años, al cabo de los cuales resolvió casarse.

Ya comprenderán nuestros lectores que por esta vez no quiso Ruperto anticipar el éxito de su plan, y que aguardó tranquilo que transcurriese el tiempo necesario para efectuarlo. Pasado este, entregó su mano á la de una de las mas lindas muchachas del pueblo, que era nieta, por si no lo saben ustedes, de Eusebia y del boticario, dando con esto una prueba de su admirable constancia.

Otros cinco años pasaron sin que Ruperto hiciera nada que digno de referir sea, y en los que tuvo ocasion de aburrirse de su mujer, por lo que estuvo á punto de desear quedarse viudo, pero reflexionando que su esposa tenia trazas de vivir mucho, no quiso esponerse á las consecuencias de anticipar la muerte de ésta y se resignó á soportar su carga.

Pasó mas tiempo, y precisamente cuando Ruperto menos lo deseaba, se le murió su esposa, con lo cual volvió á quedar sin tener nada que hacer: pues no quiso su mala suerte que tuviese ningun hijo.

Todavía pasó mas tiempo, y Ruperto seguía lo mismo, no por falta de propósitos, sino porque no se atrevía á desear su realizacion, temiendo alguna mala pasada de su antiguo amigo el hombrecillo de la fuente. Dedicóse á la caza y despues á la pesca; pero en todos aquellos contornos habia muy poco que cazar, y casi nada que pescar, y él se habia propuesto no salir de su pueblo, precisamente porque en su vida anterior habia hecho todo lo contrario, y conociendo el mundo conocia tambien sus tropiezos, y era de parecer que el que evita la ocasion evita el peligro.

Tiempo hacia que Ruperto arrastraba esta existencia triste y desgraciada, cuando un dia vagando á la ventura vino á parar junto aquel famoso castaño que tan fatal llegó á serle. Como siempre que llegaba á aquel paraje, no pudo por menos que pararse y ponerse á meditar. No sabemos qué género de ideas cruzarian por su mente en aquellos instantes que por la primera vez de su vida fue lógico consigo mismo, y deseó morir. Y su resolucion fue tanto mas firme, cuanto que nada arriesgaba esta vez en que Tesifon le concediera su deseo.

En efecto, tan pronto como hizo la inten-

cion apareció á su vista el hombrecillo diciéndole:

—Aquí me tienes, Ruperto, y en verdad que me ha estrañado el que no hayas venido antes.

—Razon tienes, pues es la segunda vez que me has engañado.

Si mejor que te has engañado á tí mismo, ¿quién te ha dicho, desgraciado, que Dios te ha concedido la vida para que permanezcas en la inaccion y no procures realizar tus deseos?

—Por esta vez, replicó Ruperto, confieso que no te entiendo, si yo me he conducido de este modo y he moderado mis deseos, ha sido siguiendo tus consejos y deseoso de evitar los males que antes me he procurado. Comprendo sin embargo que te has burlado de mí y que ni entonces ni ahora he conseguido nada.

—Te equivocas, has conseguido una cosa: has aprendido que por larga que fuera la vida del hombre, sería siempre corta si este pudiera imprudentemente precipitar la marcha de los sucesos por realizar sus aspiraciones, al paso que es una carga insoportable, no obstante su brevedad, cuando despojándose de toda ilusion, de toda esperanza, no tiene un aliciente que se la haga desear. Ya que tuviste el buen propósito de dominar tus caprichos y tus pasiones, pudiste haberte dedicado hacer el bien de tus semejantes y á haber gozado de la vida que por sí misma es un bien inmenso que debes á la Providencia, y que ofrece infinitos placeres á los que saben comprenderla. El pájaro que canta, el arroyuelo que corretea, el sol que nos alumbra y calienta, el árbol que nos ofrece sombra, el perfume que la flor exhala, la magestad del mar embravecido, el misterioso encanto de la noche y el risueño rayar del alba, el espectáculo, en fin de la naturaleza, son otros tantos goces que nos hacen amar la vida y bendecir á Dios.

—Todo esto significa en resumen, exclamó desesperado Ruperto, que he sido...

—Un grandísimo majadero, y que me arrepiento de haberte concedido un favor que no has sabido aprovechar ni agradecer.

Esto diciendo el hombrecillo, pegó un capirotazo en las narices á Ruperto, y desapareció instantáneamente, en tanto que nuestro héroe exhalaba el último suspiro y pasaba á otra vida, donde es de presumir que estará purgando sus infinitas barbaridades.

ADOLFO FARIÑAS.

### Á ITALIA.

¿Y eres tú, Italia, aquella  
Cuya gloria inmortal la historia sella?...  
¿Eres tú la nacion que en fausto dia  
Con noble bizzarria  
Y valerosa mano  
Cortó el dogal tirano  
Con que el despota airoso  
Te amarrara orgulloso  
En alas de sus águilas triunfantes  
Sus armas relumbrantes  
El mundo recorriendo, dando leyes  
Y encadenando á su triunfante carro  
Pueblos y reinos príncipes y reyes?..

¿Eres tú Italia, acaso  
La que dormida en el gentil Parnaso  
Y embriagada en licenciosa orgia  
Con que la diosa impía  
Te brindaba á gozar nefando vicio  
Despertaste el acento  
Del Dios que brilla en el celeste asiento,  
Y escuchando su dúcida doctrina  
Y llorando tu yerro  
Huiste del idólatra becerro  
Por adorar la cruz santa y divina?..

¿Eres tú noble Italia  
La que llorando en justa represalia  
De tu impía arrogancia  
Tanta barbarie, sí, tanta ignorancia...  
El cavernoso abismo

En que te hundiera horrendo paganismo  
Cuando, presa en sus lazos.

Te adormecía en sus impuros brazos?..

¿Eres tú Italia, aquella á quien el cielo  
Con amoroso celo  
Viéndote esclava, miserable, abyecta,  
Por hija predilecta  
Te escogió y en su insondable arcano  
Mandó al primado Apóstol, á un anciano  
Que turbando tu sueño tan siniestro  
Y escuchando la voz de su maestro  
En tu Roma ¡oh misterio!  
Clavara el cetro de universo imperio?..  
Desde entonces ¡qué gloria!  
Italia vive en la universa historia  
Bajo la augusta mano  
Del Padre soberano  
Que ciñe la tiara pontificia,  
Sonríe á Italia dúcida caricia  
Imperio de la fama y la fortuna  
De las artes y ciencias noble cuna;  
Italia fue y ha sido  
Donde el genio ha vivido  
Tejiendo una corona  
Que eterna gloria al Cristianismo abona  
Los aúlicos clarines  
Que resuenan de Italia en sus confines  
El humeante hierro  
Las bárbaras matanzas y el destierro  
La asolan y estremecen  
Empero no enmudecen  
Nobles, leales y valientes lenguas  
Que haciendo frente á tan villanas menguas  
Repiten aunque al mundo no le cuadre  
El papa es nuestro rey y nuestro padre.  
Despierta Italia, mira  
Esa horrorosa pira  
Que el bárbaro sicario  
Vil revolucionario  
Fuego va á dar con su incendiaria tea,  
Despierta y nunca sea  
Nacion tan poderosa  
Juguete de una trama vergonzosa,  
Lanza el grito de guerra  
Al universo aterra  
Y al lado siempre del angusto anciano  
Lucha y derrota al infernal tirano.  
Vuelve, vuelve tus ojos  
A ese tu augusto Padre que de hinojos  
Ante el ara purísimo  
Escelso trono del Señor altísimo  
Implora en oracion santa y propicia  
Que sobre tí no caiga su justicia  
Mas ¡ay! si eres cobarde  
Y la voz del tirano te intimida  
Italia, eres perdida...  
Sin que acaso se tarde,  
La ira del Señor será sangrienta  
Vendrá la luz tras la infernal tormenta  
Que forja el enemigo  
Llorarán los impíos su castigo  
Y aunque los tronos y los pueblos se hundan  
Y los cetros auríferos se fundan  
Mientras exista el mundo Dios lo ha hablado  
Triunfante quedará el Pontificado (1).

ANTONIO SANCHEZ RAMOS.

### VIAJE Á CHINA.

POR EL ISTMO DE SUEZ.

EL CAIRO.

Queridísimo R: mi estancia de 20 horas en el Cairo me ha dejado encantado. Figúrate las descripciones de Bagdad y demás ciudades de Asia, que se hacen en los poéticos cuentos de las *Mil y una noches*, y encontrarás en ellas un retrato exacto de esta poblacion. En las inmediaciones de la ciudad, y á lo largo de la via férrea que viene de Alejandría, encontramos multitud de magníficas casas de campo construidas á la europea, delante de las cuales paseaban elegantes señoritas inglesas, que con sus estirados talles y elevadas estaturas

(1) Los pueblos pasan, los tronos se hunden, la Iglesia queda y permanece en pie. (Nap. I. ms. de Santa Elena.)





Generosidad de Mathathías.

nos hacian creer que mas bien estábamos á las puertas de Londres ó de Manchester, que á una legua de una ciudad de Egipto. Tampoco faltaban de vez en cuando lujosas carretelas,

que veíamos pasar cerca de nuestros vagones; pero en estas ya se dejaba conocer el pais que atravesábamos, por ir los lacayos vestidos con el pintoresco traje que allí se usa.

Llegamos por fin al Cairo, y despues de apearnos en la estacion, tomamos los ómnibus que nos habian de conducir á la tonda: En el trayecto marchamos de sorpresa en sor-



MÁXIMAS DE LA BIBLIA.—Humillate á Dios y espera de su bondad.

presa. Recorriamos una magnífica calle de acacias enormes y poéticos sicomoros, cubiertas aquellas de olorosas flores, como en el mes de mayo, y poblados todos de frescas hojas, como pudieran estar en el centro del verano. Por este camino galopaban multitud de

borriquillos conduciendo á graves ingleses elegantemente vestidos, con sombreros de copa alta y guantes; y como por lo general eran secos y larguiruchos y los animalitos muy pequeños, iban con las piernas arrastrando. También se veían borriquillos mucho

mas engalanados, que conducian señoras egipcias, con las caras cuidadosamente tapadas como las prescribe su religion, y que por sus vestiduras de seda parecian pertenecer á la aristocracia del Cairo. Poca variacion habia en sus trajes: consistian en dos faldas estre-



chas, una que cae naturalmente y otra que se la echan á la cabeza, exactamente como las máscaras que en esa se conocen con el nombre de *beatas*. Estas faldas eran de seda de color blanco ó negro en las egipcias elegantes, y de algodón, por lo regular azul, en la gente del pueblo. Llevaban además un pedazo de tela largo y estrecho, que caía desde debajo de los ojos, cubriéndolas toda la cara, hasta la rodilla, y que se sujetaba á la parte del vestido que llevaban á la cabeza por medio de un broche dorado que se prolongaba

hasta cerca de la boca, formando como una nariz postiza de color de oro, por encima del velo.

En los hombres se veía una pasmosa variedad de vestidos; allí había egipcios de la ciudad, árabes del desierto, griegos, judíos, persas, todos con trajes de colores vivos y con turbantes de formas distintas, variándose el cutis desde el color habana, hasta negro mate. Toda esta multitud, bulliciosa, alegre y vivaracha.

A los lados de la calle de árboles que atra-

vesábamos, se veían alineados muchos edificios pequeños con letreros, que nos llenaron de sorpresa: «*Café Chantant*,» «*Café de las Delizias d' Italia*,» «*Café Griego*,» «*Restaurant français*,» etc., etc. De todas partes sonaban murgas, gaitas y dulzainas, lo cual nos admiró, y preguntamos si había fiesta, cuando tan alegre se mostraba la gente y tantas músicas se oían; y nos contestaron que no había fiesta alguna, pero que los habitantes del país eran muy aficionados á divertirse; y que como allí hay gran afluencia de estranje-



Casa de Torcuato Tasso en Sorrento.

ros, especialmente ingleses, italianos, franceses y griegos, se han establecido muchos cafés, teatrillos y fondas, en donde se reúnen por la tarde.

Al atravesar las calles del Cairo observamos la misma afluencia de gente que en el paseo, y todos, por supuesto, montados en sus inseparables borriquillos.

No puedes figurarte el efecto que producía toda aquella multitud, de trajes tan distintos de colores tan vivos y trotando todos sin hacer el menor ruido, pues el piso de las calles es de tierra y le conservan siempre húmedo.

En medio de aquel silencio, solo se oían de vez en cuando algunos gritos, diciendo: *jala jala*. La primera vez que llegó á nuestros oídos esta frase, volvimos la cabeza para observar de dónde provenía, y vimos un hombre que atravesaba la calle gritando y con un bastón en la mano separando la gente. Detrás de él venía una hermosa carretela y en ella tres

señoras, vestidas á la europea. Entonces nos dijeron que era la familia del cónsul inglés, y el hombre que gritaba delante *jala jala*, tenía por objeto separar á la gente para que no la atropellase la carretela, que iba á galope, pues como aquel piso no produce ningún sonido, no se podría conocer que venía un carruaje. Después observamos que todas las carretelas llevaban delante su correspondiente *correo aviso*.

La fonda en que nos hospedamos tenía muy buen aspecto exterior, pero interiormente solo era regular y tan cara, que nos hizo comprender que en Egipto se roba próximamente lo mismo que en Europa.

En cuanto nos lavamos, salimos á recorrer las calles del Cairo: en la puerta de la fonda nos persiguieron ofreciéndonos carruajes de alquiler y borriquillos; pero yo preferí ir á pie para examinarlo todo mas despacio. Como ya era bastante tarde, solo pude visitar la

gran mezquita, edificio suntuoso y de un aspecto magnífico, á cuya entrada nos hicieron poner unas babuchas encarnadas, que se alquilaban á la puerta, y además los grandes bazares turco y europeo.

En esta escursión nos servía de guía un moro viejo de larga barba blanca, que hablaba perfectamente el francés, y que llevaba en la mano un bastón con el que iba repartiendo palos, para apartar de nuestro paso la multitud de borriquillos, chiquillos y morajos que obstruían las calles: se llamaba Ibrain, y le elegimos entre los muchos zánganos que se nos ofrecían á la puerta de la fonda para acompañarnos.

Después de comer visitamos el teatro, que era una mala habitación con bancos para el público, y donde se representaba una comedia italiana. Nos cansamos pronto y volvimos á la fonda, donde el guía nos dijo si queríamos ver las Pirámides pero como estaban á tres ho-



ras del Cairo y á las seis y media de la mañana teníamos que ponernos en marcha, renunciámos á esta visita, contentándonos con haberlas visto de lejos, desde la mezquita.

Al día siguiente tomamos el ferro-carril para Suez, que era por lo menos tan malo é incómodo como el de Alejandría.

Adios, querido R: Tuyo...

J. C. G.

#### GENEROSIDAD DE MATHATHÍAS.

¡Ay de mí! ¡Desgraciado! En mala hora nacido á luz para llorar la ruina de mi pueblo infeliz; y de la Reina hermosa de Judá. Gimiendo vive Jerusalem amada, y yo reposo en tanto el enemigo tiñe en sangre su acero vencedor y deshonorado; yace el templo de Dios y en cautiverio llora el anciano, y el robusto joven al filo muere de la dura espada. ¿De qué sirve mi vida? En torno mio hallo despojos y doliente luto.... El noble dice, y á raudales vierte del corazón su llanto de amargura. —El sacrificio espera, Mathathías. De Antíoco enviado, por tí vengo. Grita una voz, y al mensajero idólatra el caudillo responde.—En vano intentes que mis hijos ni yo ante los altares de tu señor, doblemos la rodilla. En buen hora sucumba, el que olvidado de la ley de su padre, ó temeroso de morir, al capricho se sujeta que un príncipe le impone. Antes que pérfido sacrifique al impío, sea maldita mi lengua.—Calla el justo y anhelante de librar á su pueblo, numerosa hueste formando, á los ocultos montes corre á esperar el día de la lucha, al grito de—¡Jehová nos dé el triunfo!

AUGUSTO JERÉZ PERCHET.

#### TORCUATO TASSO.

##### APUNTES BIOGRAFICOS.

Este célebre italiano era hijo de Bernardo Tasso, poeta nacido en Bérgamo en 1493, que fue secretario del duque de Mantua, después gobernador de Ostiglia y murió en 1569 dejando entre varias otras producciones, *Amadis de Gaula*; *Floridante* y una colección titulada: *Poesías diversas*.

Torcuato Tasso es uno de los mas grandes poetas que ha producido la Italia. Fue llamado el *Cisne de Sorrento*, por haber nacido en la ciudad de este nombre en 1544. En su niñez tuvo que abandonar su patria, proscrito con su familia como rebeldes al emperador Carlos V y adictos al príncipe de Salerno.

Hizo sus estudios en Pádua, y á los diez y ocho años de edad, dió la primer prueba de su genio, escribiendo el poema de *Reinaldo*.

Pasó luego á París, donde fue espléndidamente acogido por Carlos IX, y llamado poco después por Alfonso II, duque de Ferrara, á su corte, hizo representar la *Aminia*, drama pastoril que obtuvo el éxito mas lisonjero en 1579.

Dos años después dió á luz la *Gerusalem liberata*, magnífico poema, que estaba componiendo hacia ya algunos años, y que elevó su gloria al mas alto grado.

Enamorado y correspondido de la princesa Leonor, hermana del duque Alfonso, fue denunciado por un caballero á quien había confiado el secreto, y aunque le castigó venciendo en un duelo, no pudo evitar el escándalo, fue encerrado en una prisión. Pudo fugarse, y se refugió en Turin, donde el duque de Saboya le colmó de favores; pero su imaginación exal-

tada le hizo creer que aquel príncipe trataba de entregarle á Alfonso, por lo cual huyó á Roma, volvió luego á Sorrento, su patria, aunque disfrazado, y como recibiera noticias de Leonor diciéndole que podía ir á Ferrara sin temor alguno de su hermano, se encaminó allá, y fue recibido por el duque del modo mas amable. Sin embargo, advirtió que todos le trataban de distinto modo, y esto le ocasionó meditaciones y rasgos de exaltación, que hicieron estenderse el rumor de que estaba loco. Fue encerrado en el hospital de Santa Ana, y allí sufrió otro nuevo disgusto, al saber que se había hecho en Venecia una edición fraudulenta é incorrecta de la *Gerusalem liberata*. Salió, por fin, de un encierro, siendo de edad de cuarenta y dos años, pasó á Mantua, luego á Nápoles, con indulto, y allí escribió la *Jerusalem conquistada*, composición perfectamente ajustada á las reglas de la epopeya, pero privada del fuego de la inspiración que solo se siente en cierta edad.

Trasladóse luego á Florencia donde le llamaba el duque Fernando, y para fin de su carrera poética escribió el *Mondo creato*, poesía en versos sueltos, en la que brilla una gran erudición.

Por último, llamándole á Roma el cardenal Aldobrandini, para ser coronado por mano del pontífice, se dirigió á aquella capital; pero no pudo recibir la corona, por haberle asaltado á su llegada una enfermedad que le condujo al sepulcro.

De sus obras se han hecho innumerables ediciones.

S. M.

#### DELIRIOS.

Como una vela en el mar,  
sin jarcias y sin timon,  
se encuentra mi corazón,  
cansado ya de luchar.

Náufrago en playas distantes,  
sin amor, sin afecciones,  
doy mis fúnebres canciones  
á los vientos inconstantes.

Lejos del suelo querido  
suspiro desconsolado,  
que al perder el bien pasado,  
el bien presente he perdido.

Como nubes pasajeras,  
al recuerdo de otros días,  
se tornan mis alegrías  
en fantásticas quimeras.

Y falto de la ilusión,  
siempre al corazón, amante,  
no hay para mí ni un instante  
de goce y satisfacción.

Lejos del paterno hogar,  
solo, triste y abatido,  
soy como un ave sin nido,  
ó un árbol sin arraigar.

A veces me cansa todo  
lo que miro en mi redor;  
quiero cortar una flor,  
y mancha mi mano el lodo.

Y no gozo como antes  
de las dulces sensaciones,  
que dan á los corazones  
los corazones amantes:

Lloro los bienes perdidos  
en buenas lides ganados,  
que son tanto mas llorados  
cuanto fueron mas queridos.

Todo me produce hastío,  
y lo veo indiferente;  
que es el fuego de mi frente  
ceniza en el pecho mio.

Si hallo en el placer, enojos,  
hallo en el dolor, quebranto;  
si busco en mis ojos llanto,  
no encuentro llanto en mis ojos.

Tanta lucha, tanto afán  
mis pensamientos contienen,  
y mientras mas raudos vienen  
con mas rapidez se van.

Una ilusión me sustenta,  
Pero es al fin ilusión;  
el aplauso ó la ovación,  
que me halaga ó me atormenta.

Soy á la luz insensible,  
la oscuridad me da miedo;  
¿quiero elevarme? No puedo.  
¿Quiero ocultarme? Imposible.

¿Qué deseo? No lo sé:  
nada llena mi deseo.  
¿A dónde iré? No preveo.  
A dónde, ni cómo iré.

Pero me fatigo en vano  
con este pensar profundo,  
porque es un arcano el mundo  
y el corazón otro arcano.

El hombre necio que en ver  
con doble vista se afana,  
¿no será acaso mañana  
mas desgraciado que ayer?

La dicha del hombre es cero  
en la suma de sus males;  
asi en mis horas fatales,  
si me pregunto, qué quiero;

De una voz que no sé dónde  
se produce su sonido,  
con acento repetido  
el eco por mí responde:

«Quiero al pie de las montañas,  
perdido entre matorrales,  
ver subir en espirales  
el humo de las cabañas:

»Y en las siestas del estío  
ver al aprisco agrupado,  
que baja á sestar al prado  
y á beber agua en el río:

»O entre sedas y topacios  
y músicas y pevetes,  
gozar en fiesta y banquetes  
la vida de los palacios:

»Y en danzas y devaneos  
entre bellas y licores,  
apurar con los amores  
la copa de los deseos.

»Quiero salir de esta calma,  
y vivir, no vegetar;  
¡á ver si puedo llenar  
el vacío de mi alma!

»Y aunque es delirio hechicero,  
que colora la esperanza,  
pero que nunca lo alcanza  
mi pobre destino; quiero...

»Quiero volver á fijar,  
para calmar mis enojos,  
las pupilas de mis ojos  
en la lumbre de mi hogar!»

AURELIANO RUIZ.

#### MI PADRE HA MUERTO.

*Beati qui in Domino  
moriuntur!*

(Hechos de los apóstoles.)

I.

La vida es el dolor.

Nacemos para depurarnos en el crisol del sufrimiento.

Todos los santos y grandes pensadores, confiesan que la felicidad solo existe en lo eterno é infinito.

¿Quién puede contestar á la exclamación de Job:—«El hombre que nace de mujer vive un tiempo cortísimo y está lleno de miserias?»

¡Padre mio! yo no pude recoger el último suspiro de tu agonía, la agonía de tu heroica muerte; pero me pareció oírte llamarme y sen-



tir sobre mi frente un ósculo de paz, diciéndome con acento de inefable alegría: «Hijo, hasta el cielo.» Mi madre, esa santa mujer ceñida con la corona de espinas de un martirio cruento, pobre y acongojada como una proscripta de Israel, no se apartó un instante de tu cabeza, cerró tus pupilas al despedirte de la luz del mundo, y los ángeles en blando coro entonaron un himno de inefable gozo, porque recogieron un alma justa para vivir por siempre junto al tabernáculo de Dios.

## II.

Si yo no estuviera acostumbrado al sufrimiento y desconociese que

*Nuestra vida no es mas que un breve día,* como ha dicho el inspirado cantor de Itálica, sentiria un pesar intenso, mortal, y no pudiera tal vez sobrevivirte una hora.

Pero si la muerte es el principio de una eterna vida, como dijo el autor de Hamlet;

Si la vida no es mas que un punto entre dos eternidades, como afirma Bacon;

Si la vida es un combate, cuyo palma está en el cielo, según espresion de Delavigne, la vida debe amarse para servir al Eterno y aspirar al cielo por el ejercicio de la virtud en la tierra. «¡Dichosos aquellos que mueren en el Señor!», leemos en los hechos apostólicos. ¡Desventurados los que desconozcan esta verdad!

Tú repetías á menudo estas hermosísimas palabras; y en mi niñez me hacías repetirlas á menudo.

Eras uno de aquellos hombres puros é inmaculados, en cuyo corazón no ha podido penetrar el légamo del vicio; un hombre sencillo y honrado como el picapedrero de Saint-Point, dechado de virtudes patriarcales, de pensamientos melancólicos, pero de una religiosidad sublime, que solo puede hallarse en las almas que nunca mintieron, que jamás prevaricaron.

## IV.

Hubo un día que mi madre había perdido la razón y luchaba con las torturas de un pesar sin límites.

La injusticia humana se había cernido sobre su cabeza y la adversidad había puesto sitio á su ventura doméstica.

Tú entonces, como un patriarca del señor, me llevabas de tu benéfica mano á la escuela, me alimentabas, me arrullabas en tu seno, y yo me dormía sonriente como uno de esos querubines que sonríen para María en los altares cristianos, donde todo es pompa y majestad.

Sencillo y bueno, amante y misericordioso, diste luces á mi espíritu, encaminaste mis pasos por la senda del honor y de la verdad, y siempre me dijiste que me condoliera del pobre y olvidare las injurias de mis enemigos.

Aquella edad ya pasó: ¡breve tiempo! ¡días plácidos que no volverán nunca y que han quedado en el sarcófago del olvido!...

## V.

Lo que yo he sufrido y he llorado, ¿para qué revelárselo á nadie mas que á Dios, si todos tal vez escarneciesen mi relato?

¿En qué ánfora podría yo depositar hoy el llanto que escalda mi mejilla?

¿Qué alma recogería mis lamentos y me daría consuelos inefables?

¡Oh! qué errante y peregrino en el mundo, con el dolor por herencia y muchas veces por compañera la injusticia, solo veo en torno mio el desden, pocas veces la ternura, ese sudario misterioso que enjuga el llanto de los desgraciados, imprimiéndose allí la variedad de espresiones que sellan en el semblante los martirios de calma, como se imprimió en el sudario de la Verónica el divino rostro del Redentor del mundo.

Si yo tuviera á mi madre cerca de mí, lloraría con ella y con ella arrodillado en las aras del templo, dirigiese plegarias al Eterno por la salvación de tu alma,

Ella, la pobre vieja triste y abandonada del mundo en tétrico recinto, con sus cabellos blancos humedecidos por el rocío de la noche, no puede hoy compartir conmigo esa congoja íntima, profunda, inmensurable, que desgarró su alma nacida para el amor y la virtud.

Yo le envío en alas del céfiro la protesta de mi dolor; y ella, que también como yo ha sido víctima de la injusticia humana, sentirá su vibración misteriosa, alzará sus ojos al pálido horizonte de la noche, y rezará conmigo una oración que llegará al trono de Dios, como un himno de los misioneros que son la luz del mundo.

## VI.

A nadie le diré yo lo que siento y lo que sufro: ¡estoy tan acostumbrado á sufrir y á callar!

No levantaré mi voz contra la iniquidad social que lleva á los hombres prematuramente al sepúlcro;

No acusaré á los que con su dureza de corazón labran la desventura y la muerte de sus hermanos;

No formularé quejas contra la impiedad y el materialismo, rémora de la armonía de los pueblos;

No imprecaré contra los que huyen de los tristes, de los pobres, de los desventurados, lanzando á su frente purísima el sarcasmo de la calumnia y de la burla;

No pediré la vindicación de los justos, porque solo Dios puede justificarlos: ¡cuántos misterios existen entre los pliegues del sufrimiento!

Aunque el dolor es sentencia de la vida, ¡cuánto no lo aumenta la dureza de las almas pequeñas y envilecidas! El dolor puede tener un poderoso lenitivo en la amistad, en el amor, esas palancas potentísimas que sostienen el edificio de las sociedades y ostentan el influjo de la inteligencia, reina del mundo. Hay una falange de hombres consagrados á predicar esta verdad, ruiseñores de la civilización, que forman la grey escogida de Jesucristo y sacrifican en aras de su propia ventura, la ventura de sus hermanos.

También yo he querido ser de esos espíritus fuertes, que rechazan la coyunda del envilecimiento y se ciñen al blando yugo de la fraternidad. Pero ¡ay! que mis cabellos comienzan ya á perder el brillo de la juventud, y de mi corazón ha ido la iniquidad arrancando una á una las hojas de la esperanza.

## VII.

Amé, lloré, y me han dado hiel por premio.

La hipocresía me tendía celadas; la procaacidad me injuriaba, y no había un eco que se levantase en defensa de mi inocencia.

Solo tú me compadecías, y abrazado á mí con mi anciana madre no hace seis meses aun, al despedirte de mí por última vez en el muelle de la Coruña, me dijiste llorando como un niño: «Hijo, persevera en la virtud, que las cosas del mundo son quimeras que solo duran un día.» El mar pareció entonces alzarse en pompa gayá á la nacarada ribera, y los ángeles hicieron sentir en mi alma un torrente de armonías que evocaré eternamente.

¡Cuán lejos estaba yo entonces de pensar en tu muerte!

Corrí afanoso á mezclarme en el bullicio de un pueblo, donde tendría que verme solo como me veo, pero no abandonado de Dios: luché y fui venciendo... Pero ¡cuánto me resta aun que luchar! ¿Quién pone límites á las aspiraciones del hombre?

Tu sufrimiento rebotó... libaste de la hiel de la amargura de cien mártires. La caridad te recogió de un mísero lecho, del lecho del pobre, y su benéfico manto te abrigó sin fuerzas el cuerpo y con el ánimo abatido. ¡Benditas las almas que se condolieran de tí! Yo tendré su nombre grabado eternamente en mi corazón, y mi sangre me parecerá pequeño tributo, para rendir homenaje á sus generosos y humanitarios sentimientos.

Fuiste del hospital á la fosa: un féretro humilde, como el de los desheredados del banquete social, condujo tus restos á una humilde mansión, que si no se cubre con el mausoleo suntuoso de un potentado, se cubrirá con los rayos de la casta luna y con las siemprevivas que crecen en el cementerio, sin necesidad de la mano de los hombres.

¡Cuánto amor, cuánta abnegación no necesitó mi pobre madre para acompañarte hasta la última morada!

Y lo hizo, infeliz anciana, que ha visto morir á una hija hermosa como una virgen de Murillo, tan bien en un lecho de la beneficencia pública, y no se murió de dolor.

Los que no sepan comprender toda la grandeza de sus acciones, tienen el alma petrificada y encallecida la conciencia.

## VIII.

Yo le dí á mi pueblo cantos de amor, cantos de gloria, cantos de felicidad.

Yo luché por su engrandecimiento, y para Dios esos cantos valen todos los tesoros del mundo.

Y no obstante, ha muerto mi padre, mi pueblo le ha visto enfermo y desvalido, y no han bastado los recursos de todos los nobles y poderosos de él, para eximirle del lecho de la última morada pública de un santo hospital.

Su esposa mas triste y abatida aun, recurrió á lo mas necesario de su vida, para adornarle con la grosera mortaja: la Providencia por sus designios, se lo había entonces proporcionado de un exiguuo recurso de mi amor filial.

Si yo, que tengo genio, que tengo fé en el porvenir, que tengo fuerza de voluntad y constancia para luchar por las grandes ideas llegase un día al trono de la gloria, y mi brazo como el de Pedro el Ermitaño hiciere mover al mundo entero con su empuje, ¿con qué derecho mi pueblo me pediría sacrificios, si mi padre ha muerto en la cama de un santo hospital, como murió mi hermana, y como no quiera Dios que muera mi desgraciada madre?

## VIII.

Yo os bendigo, generosos hermanos de la caridad pública.

Bendigo al ilustre médico que ha llevado á los labios de mi padre el néctar suavísimo que mitiga los dolores del cuerpo.

Bendigo al virtuoso sacerdote que le ha suministrado el real y verdadero que no solo mitiga las del alma, sino que le prepara una vía para conducirla á la verdadera felicidad.

Bendigo á los de corazón generosos y de compasión, que acompañaron sus restos á la última morada, compartiendo con mi madre el fúnebre y desgarrado sentimiento de su corazón.

Hay premio para la virtud, pero no está en este mundo. «¿Por ventura habrá alguno que enseñe ciencia á Dios que es el que juzga á los grandes? Uno muere robusto y sano, rico y feliz, y otro muere en amargura de alma sin algunos bienes...

Y con todo eso dormirán juntos en el polvo y gusanos los cubrirán.» (Job).

Padre mio, fuiste pobre y desgraciado; pero como el premio de esa desgracia y de esa pobreza está en las alturas, allí le encontrarás en medio de los justos que viven y mueren como tú en el Señor.

JOSÉ LOPEZ DE LA VEGA.

## POESÍAS (1).

## A UNA VIOLETA.

¡Oh flor, que escondes tu divino tallo,  
entre las yerbas que en el suelo crecen,  
flor, que modesta y solitaria vives  
al soplo blando que tus hojas mueve!

(1) Escritas á la edad de doce años.





VISTAS DE MADRID.—Los Consejos.

Tú eres feliz, jamás de tu retiro  
salgas, violeta cándida, inocente;  
pues que dichosa con tu suerte vives  
no anheles conocer otros placeres.

Piensa que flores como tú tan bellas,  
también gozaron existencia alegre,  
y, queriendo buscar mayores dichas,  
en lugar de placer hallaron muerte.

No abandones jamás el dulce asilo  
que entre la yerba, solitaria tienes,  
y sé siempre feliz, siempre dichosa  
al soplo blando que tus hojas mueve.

## AL ÁNGEL DE MI GUARDA.

Ángel que velas por mí,  
que has sido siempre mi guarda,  
que sabes mis alegrías,  
que consuelas mis desgracias.

Tú, que mi cuna velaste,  
tú, que me escuchas y amparas,  
concédeme, te lo ruego,  
de tus bondades la gracia.

No me abandones jamás,  
sigue siendo mi esperanza  
y estiende sobre mi frente  
tus puras, celestes alas.

Haz llegar hasta el Señor  
mi fervorosa plegaria,  
y que oiga también mis ruegos  
la Virgen inmaculada.

Y dame, en fin, ángel bello,  
bastante fuerza en el alma,  
para gozar alegrías  
y para sufrir desgracias.

CLOTILDE A. PRÍNCIPE Y SATORRES.

## EN UNA NOCHE DE ESTÍO.

Á TI.

Las apacibles noches del estío,  
son las noches del amor.

I.

Es una noche serena, apacible.

¡Qué bello está el mar que besa la dorada  
arena de la playa de Alicante!

¡Qué bello está el cielo que me sirve de te-  
chumbre en estas horas de reposo!

Una brisa fresca, perfumada, recorre la  
playa donde estoy sentado gozando en mis re-

cuerdos, pero los buques surtos en el puerto  
no tienen movimiento alguno.

Ni sus vistosos gallardetes flotan entre la  
sombra mecidos por el viento.

II.

Estoy pensando en ti.

Pensando en la dulce languidez de tu mi-  
rada.

Veó la luna que se ríela en la superficie de  
las aguas.

Y vuelvo y busco en torno mío, pero no  
hallo tus ojos.

Tus ojos que aunque no me miran amantes,  
me han hecho dichoso, en otras noches mas  
venturosas que esta.

Oigo el murmurio de las ondas, y de la  
brisa que recorre juguetona por entre las altas  
vergas de los buques; pero escucho atento, y  
no llega á mi oído la armonía de tu voz.

Tu voz, que sin modular palabras de afecto  
para mí, me encanta y me enajena.

III.

¡Qué bellos son los recuerdos!

¡Qué dichoso el hombre al que le es dado  
recordar!

Sin recuerdos, sería una planta parásita,  
sin flores ni perfumes; un cuadro sin colores;  
un campo, sin plantas ni verdura.

IV.

Estoy pensando en tí.

Alzo los ojos al cielo, miro las estrellas y en-  
vidio la suerte que les cabe en esta hora de  
contemplar tu esbelto talle, de seguir tu in-  
cierta huella.

Estoy pensando en tí.

Me halaga la brisa con su frescura, y envi-  
dio la dicha que disfruta al rozar tu vestido, al  
besar tu blanca frente.

Tú, lejos de estos sitios, donde antes todo  
era ventura y gozo, quizá no te acuerdes del  
que te ha consagrado su corazón y su vida.

El bello follaje de la enramada te hará olvi-  
dar la hermosa estension de ese mar azul que  
besa nuestras playas.

Y los cantos de las aves te serán quizás mas  
agradables que el murmullo de las olas.

Si así gozas, si no te halaga el recuerdo de  
estos sitios, sé dichosa.

Que yo, que vivo de tu recuerdo, pensando  
en tí, endulzo la amargura que deja en el co-  
razón la ausencia del bien amado.

Alicante.

F. ROVIRA AGUILAR.

## SUELTOS VARIOS.

Se ha publicado en París un folleto escrito  
por Mr. Prévét, en el cual trata de probar que  
ha descubierto una nueva sustancia alimenticia  
en el fruto del algarrobo, tan conocido en  
nuestras provincias litorales del Mediterráneo,  
que los catalanes y valencianos llaman *garro-  
fa*, y que hasta ahora solo ha servido de ali-  
mento al ganado caballar y vacuno, al cual se  
ha mezclado con la cebada ó con el forraje, á  
causa de ser por sí solo demasiado ardiente y  
escitante. Mr. Prévét sostiene que la algarro-  
ba tostada, pulverizada y sometida á la acción  
del agua hirviendo, como se hace con el café,  
puede reemplazar perfectamente á este grano  
exótico, puesto que la decocción que resulta  
tiene un sabor muy agradable y evita el gasto  
del azúcar, toda vez que la algarroba es ya de  
por sí muy azucarada. Mezclada con la leche,  
la decocción de la algarroba puede ser un ali-  
mento de primer orden para los niños; y en  
último resultado es siempre un tónico mucho  
menos costoso que el chocolate y el café.

Cuando Charles Dickens publicó su *Pickoick*,  
presentósele un joven artista, le enseñó algu-  
nos dibujos, y se ofreció á ilustrar sus obras  
con grabados. Dickens desestimó la pretension,  
y el joven dibujante, sentido de esta negativa,  
dijo para sí: «será menester que me escriba  
las novelas yo mismo.» Hízose poeta, si es lí-  
cito espresarse así, y en breve Dickens tuvo  
un rival, el mas peligroso de todos, en ese jó-  
ven que no era otro que Thackeray, el céle-  
bre autor de *Vanity fair*.

Un amigo nuestro mandó ayer á su criado,  
astur legítimo, que le comprase una libra de  
azucarillos.

Lanzóse el astur á la calle, y poco despues  
regresó con las manos vacías.

—¿No has ido por los azucarillos? le pre-  
guntó su amo.

—Sí, señuritu.

—¿Y los has traído?

—No, señuritu.

—¿Y por qué razón?

—¡Je! ¡Miréus y estaban apolillados!...

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable: Fernando Gaspar.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días despues de su publicación.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Geronimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.